

SOLEDAD PUÉRTOLAS

Tiempo de leer

por Soledad Puértolas



PABLO NEUSTADT.

Antes de nada, quisiera determinar el momento, el tiempo de la lectura. ¿Cuándo leía yo?, ¿a qué hora del día?, ¿leía, tal vez, más en invierno, ya que el frío, al obligarnos a no salir de casa, es más propenso a esas horas solitarias que pueden ser el origen

de la lectura? Rememoro... Los largos días del invierno, tras las inacabables jornadas escolares; la vuelta a casa, la merienda, un poco de estudio; caer, al fin, sobre la cama e imaginar cosas agradables, cosas en color, halagadoras, a veces un poco peligrosas, físicamente peligrosas, moralmente

peligrosas... No, desde luego, no había tiempo para la lectura durante los días de la semana, incluido el sábado, un día como otro cualquiera, un día que había colegio. Leía los domingos por la mañana, al despertarme. Todavía era pronto, quedaba un rato antes de empezar a pensar en levan-

Problema de distancias



—La verdad que es un problema muy difícil para mis cortas facultades y no encuentro la solución.



—Oye, papá ¿qué distancia hay de Barcelona a Madrid?
 —Creo que son 500 kilómetros. Si no mienten las guías que yo he leído durante varios años.



—Bueno, pero ahora dime cual es la distancia de Madrid a Barcelona.
 —Es la misma. Esto no tiene vuelta de hoja; y también está en todas las guías.



—¡No puede ser, te equivocaste!



—Fíjate: de Nochebuena a año nuevo hay una semana, pero desde año nuevo a Nochebuena hay cerca de un año.
 ¿Te fijas?
 —Verdad. Enero, Febrero, Marzo, Abril, Mayo, etc.

tarme y vestirme, arreglarme para ir a misa. Había dejado el libro sobre la mesilla de noche, la chaqueta de lana sobre la butaca. Y en el cuarto ligeramente desordenado por la ropa del día anterior (pero ya no estaba el uniforme oscuro, amenazante, sobre la silla), y ya iluminado por el eterno sol de los domingos zaragozanos, recostada en la almohada doblada en dos, abría el libro. En la cama de al lado, mi hermana ya leía, o tal vez dormía toda-

vía y enseguida se despertaría y, casi sin hablarme, se pondría a leer. Y creo que yo hablaba de vez en cuando, interrumpiendo la lectura de las dos, porque de pequeña yo era habladora, tenía ganas de romper el silencio, era curiosa, quería saber cómo eran los demás.

Después de misa, nuestros padres, en el quiosco, nos compraban el *TBO* y puede que algún recortable, algún cuento de tapas de cartón. Los leía-

mos enseguida, por turno, vestidas con nuestros trajes blancos de domingo, orgullo de mi madre, las bandas de raso alrededor de la cintura, nuestros peinados de domingo. Estábamos en el cuarto de estar, sentadas en las butacas donde siempre estaban nuestros padres, hundidas, protegidas por las grandes orejas tapizadas de pana marrón. El sol inundaba la habitación, y los cuadros, los libros, las bandejas, las lámparas, todos los peque-

ños objetos que mi madre repartía por el cuarto, refulgían, vibraban. ¡Qué hermosa era mi casa, qué bondadosos mis padres, cuánta armonía allí, a la hora del vermut, esa hora libre de obligaciones, donde cada uno hacía y decía lo que quería y que a veces aún era realzada más con el ruido de fondo de la música...!

Por la tarde, todo se quebraba, se encogía. ¡Cómo no sucumbir al temor de malgastar esas horas que avanzaban hacia la noche, hacia el término de un día único, una excepción en la inacabable monotonía colegial! Pero en esos indeterminados minutos que precedían a la comida se contenían todas las ilusiones del domingo y parecía que, al igual que las horas en el colegio, tampoco se iban a acabar. Estoy inmóvil, con el *TBO* sobre la falda, mirando de reojo a mis padres que van de un lado para otro, que se inclinan sobre el mueble-bar, el imprescindible mueble-bar rebosante de copas y de botellas de cristal labrado que contienen misteriosos líquidos de color ámbar, diferentes gamas del ámbar, intenso, pálido, más cobrizo, más rosado. Y uno de color verde, verdaderamente seductor éste... La botella era alargada y tenía, nadando en el líquido, una rama larga, una rama aromática.

Pero mis padres no me prestan atención, una vez que saben que estoy —estamos— leyendo el *TBO*, y que voy vestida y peinada como mandan las normas del domingo. Mis padres parecen felices ellos también, hablan alto y se ríen y, si hay alguien que ha venido a visitarnos —mi abuela, mi tío, una prima mayor— se muestran obsequiosos, acogedores. Quieren que se asimilen a nosotros, que disfruten de nuestra vida familiar, se la ofrecen junto a la bandeja de plata que colocan sobre la mesa con las copas del vermut. Todavía no había llegado la Coca-Cola. Creo que nosotras no bebíamos nada.

De ese fulgor de los domingos se caía sin ninguna clemencia, sin nin-

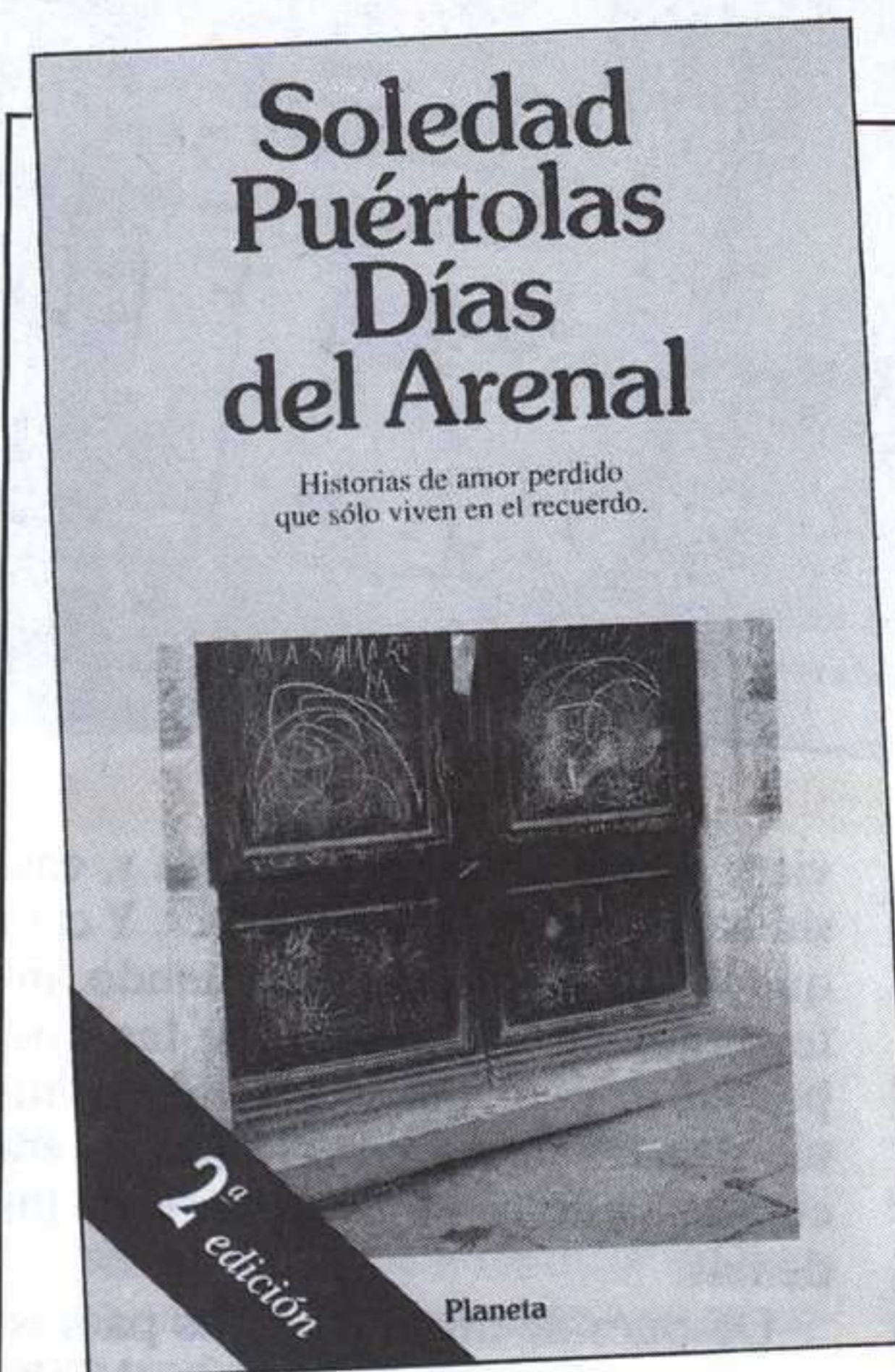
guna piedad. Otra vez las horas oscuras y monótonas, silenciosas, donde también se edificaban fantasías y sueños, pero poca realidad feliz y amable.

Eso era el invierno, era, más que el invierno, el curso escolar.

En el verano, había otra luz, más pegajosa y cegadora, más molesta y sin embargo más prometedora, porque era más real y duraba más. Los días del verano duraban más. Después de comer, reina el silencio, la dispersión. Cada uno se va a su cuarto. Los cuartos del verano, en casa de mi abuela, estaban llenos de camas, para que cupiéramos todos. En el mío había cuatro camas. Puedo leer allí, tumbada sobre mi cama, o en el de mi tío, que duerme la siesta en el cuarto de estar. Mi primo lee las novelas del Coyote. Mi prima mayor, novelas rosas. Nosotras, los libros de Escélicer, Celia, Antoñita... Tengo el recuerdo de enfermedades y convalecencias que tienen el tono, la luz, el ritmo de esas

largas siestas del verano. En ellas se detenía el tiempo. Ningún adulto osaba interrumpirnos. Mientras ellos susurraban alrededor de la mesa camilla, o dejaban abandonada su cabeza en el respaldo de la butaca, nosotras, tendidas en la cama, relegadas en nuestros cuartos, refugiadas, leíamos. Algunas veces, es verdad, no había tanta calma. Se organizaban auténticas peleas, encarnizados combates. Nuestras energías se disparaban, chocaban. El espacio, literalmente, era reducido. Pero si conseguíamos ignorarnos unos a otros, si, en el cuarto de las chicas, lográbamos una circunstancial indiferencia mutua, la lectura podía transportarnos, ampliaba el territorio.

En mi recuerdo, finalmente, no es tan importante lo que leí en aquellos momentos, sino los momentos en sí, el tiempo suspendido, interminable, que se contenía en las mañanas de domingo y las tardes de verano, que se alargaba dulcemente en la convalecencia de toda enfermedad. ■



Bibliografía

Una enfermedad moral, Madrid: Trieste, 1983.

El bandido doblemente armado, Madrid: Trieste, 1984.

Burdeos, Barcelona: Anagrama, 1986.

Queda la noche, Barcelona: Planeta, 1989.

Todos mienten, Barcelona: Anagrama, 1988.

Días del Arenal, Barcelona: Planeta, 1992.

Infantil-juvenil

La sombra de una noche, Madrid: Anaya, 1986.

El recorrido de los animales (Gijón: Júcar, 1986), Madrid: Alfaguara, 1988.